

## EN TORNO A UN PENSADOR

(Apuntes en esbozo)

Bruno Ibeas

Un escritor de ambiente difuso ha dicho que Agustín no es pensador sino genio religioso. Se cambia, con el aserto, la posición que, en el encasillado de las personalidades señeras del espíritu, se viene otorgando al autor de la *Ciudad de Dios*.

Móvil interno del juicio expresado es la fobia, espontánea o refleja, que lo teológico inspira a cuantos padecen o sustentan el progresivo laicismo de la época. Basta que una doctrina o autor se muestren insertos de algún modo en la trascendencia religiosa para que sean exilados de la religión patrimonial del pensamiento. A pesar de que savia teológica impregna el subsuelo y el impulso de las más significadas filosofías en boga, desde la de Descartes hasta la de Husserls y Heidegger o Jaspers. Procedente, claro está, de tacón luterano o calvinista, y, si queréis, maniqueo o pelagiano.

Contribuye, también, a concebir y formular la apreciación extraña del caso, la falta absoluta de conexión, en que se vive, con el gran neoplatónico de las postrimerías romanas. Fuera de pocos y clareados círculos de investigadores especiales, se le ignora por completo. La inmensa mole de sus obras reprime el afán curioso de los ilustrados y la talla gigantesca de su personalidad unguida sobrecoge la confianza deprecatoria de los devotos. Tan raro es el culto que le hojea y analiza, como el piadoso que le invoca. Alzándose en vuelo perdido sobre la mediocridad dominante es el eterno solitario, el desconocido integral. Aunque se citen con frecuencia de adagio lugareño sus *Confesiones* y su *Ciudad de Dios* no se sabe de ellas sino el rótulo.

Si pensador es el que discurre de manera profunda sobre algo, no cabe en justicia negar ese título al polígrafo de Hipona. Proyectó su atención de perímetro abierto sobre los más diferentes e intrincados problemas del espíritu y acertó a desenvolverlos y disecarlos a guisa de buzo, que se unde en lo más recóndito de la realidad, o de cóndor que voga por encima de lo más escarpado y subido de ella. La tercera dimensión le era inherente y mensurable en direcciones contrarias porque, en su orografía mental, no entran sino simas o cumbres. A un chispazo de su intuición luminosa transforma lo móvil o relativo en inmutable o absoluto, lo concreto o individual en colectivo o histórico y lo consciente



*A. Ballsteros*



o personal en divino y al simple despligue de su mágico y agudo poder de concentración o síntesis se armonizan y plasman en unidad palpitante lo experimentado y religioso, lo racional y creído.

Cristalizó la incoercible efervescencia reflexiva y sentimental, de que a partir de la iniciación juvenil dió muestras, en una concepción del mundo y de la vida, que es simple proyección externa del amplio y espléndido paisaje interno de su autor. A diferencia de otros pensadores, Agustín no se dió con materiales especulativos abundantes y selectos, directores o maestros consumados y ambiente favorable a la formación de su pensamiento. Vivía en época de postración ideológica, predominio de sofistas y retóricos y descentramiento de las bases de la cultura. Si de la gnosis maniquea, la posición sensualista y estoica y el balance pseudo-crítico de la Academia pasó al remanso esclarecedor y esclarecido de la interpretación platónico-cristiana de las cosas y la Historia, fué debido a su solo esfuerzo crítico y constructor. Planteó y replanteó problemas, asimiló y excogitó resoluciones y reprodujo y descubrió dificultades y formas conceptivas. Se plasmó a sí mismo en el campo de la especulación y en proceso ascendente, que, día por día, le tornó más agudo y tajante, abarcador y creativo.

Sus teorías, asimiladas o forjadas, muestran un cuño o sello personal inconfundible hasta en la expresión que, elaborada con el vocabulario de Cicerón, Quintiliano o Salustio, suena de manera muy distinta y produce impresión muy diferente. Aunque lo personal en él no es lo transeúnte o adjetivo, incrustado como ganga en lo universal, sino esto hipostatizado en la intimidad y el aliento de lo propio. Nadie ha acertado a poner tan de relieve lo objetivo en el análisis de lo subjetivo, ni a unir en tensión tan perfecta lo último con lo real lógico-matemático y ético-religioso. Es un de los motivos, acaso el más importante, por los que, al decir de Labriolle, es Agustín "el contemporáneo de las generaciones".

La unidad del pensamiento de Agustín salta a los ojos, cuando se sigue paso a paso, con precisión de fechas, el desarrollo y la expresión del mismo. Se fija en líneas claras desde los primeros Diálogos filosóficos y sigue ampliándose y definiéndose al aparecer sucesivo de las obras posteriores, como ser orgánico que, permaneciendo igual en el fondo, muda de pujanza y formas. Podréis daros cuenta de la trabazón, que en todo su proceso guarda, observando lo que de él queda, si, de algunas teorías como las de la participación o la iluminación, se le desposee. Mejor aún, viendo con qué rigor lógico se despliega a base de la tesis platónica de que Dios es "et causa subsistendi et ratio intelligendi et ordo vivendi" o principium nostrum, lumen nostrum, bonum nostrum (*De Civ. Dei*, VIII, 10) determinadora de los dominios metafísicos del ser, del conocer y del operar. Gottlieb Soehnen lo ha calificado, estudiando la doctrina agustiniana de la memoria, de sistematización de

formas abiertas o nociones y principios rebosantes de contenido espiritual y perfiles borrosos. Toda realización del pensamiento, la voluntad o el amor lleva implícito un *Excelsior*. Las formas cerradas representan la anulación o la mengua del *inquietum est cor nostrum*, resorte obligado de las más nobles actividades del hombre.

Obrero de primera hora en la refundición de lo clásico en lo cristiano, Agustín formuló la pauta de ella asignando "a la filosofía verdadera o genuina el cometido de enseñar que todos los seres tienen un principio sin principio, inteligencia soberana, de la que nuestra salvación procede". (*De Ord.* II, 5). Fué enunciar en sustancia la verdad, racionalizada por el Aquinense, de que "la esencia y la existencia son realmente distintas en todo ser, menos en el que es en *Sí* y por *Sí*". Axioma universal y necesario, a poco que se le examine y penetre, no sólo justifica el especular cristiano y lo contrasta o sopesa en las formas distintas que puede adoptar sino que se impone, como base del especular a secas, si ha de ser visión totalitaria y una de las cosas, que no deje fuera de enfoque el amplio distrito de los fines.

Visible es en los últimos términos del principio expresado la preocupación teológica. Señorea por entero, dicen algunos, la síntesis agustiniana, acerbo ordenado de inferencias o interpretaciones dogmáticas, antes y más que expresión jerarquizada de evidencias racionales.

Enjuiciada con más exactitud, podría denominarse especulación racional desenvuelta en el seno del a Teología. Como lo es la del Aquinense con punto de arranque distinto. El Doctor de Hipona conocía a fondo la diferenciación rotunda, a la vez que la solidaridad íntima de los órdenes o dominios de la naturaleza y de la gracia. Siendo, por ello, el dilucidador más significado de la gracia es uno de los mejores tradistas de la libertad (Schopenhauer) y viviendo transido de fe mantuvo con decisión ardorosa los fueros de la razón (*Epist.* CXX).

Fe y razón se dieron la mano en él para realizar juntas e inconfundidas la obra del conocimiento. El objeto final de éste es Dios, investigado al través de las cosas y, especialmente, del hombre, anillo ontológico entre las cosas y Dios. Pero del hombre concreto y actual, naturaleza cargada con el superavit intelectual y moral de la Redención, porque, en la experiencia, no es dable conocer otro hombre. Del análisis de su intimidad, presencia de los juicios absolutos e insuficiencia mental y volitiva para la realización acabada de los fines propios, surgen, formuladas por inducción o el manejo del principio de razón suficiente, verdades de necesidad objetiva o imposición inteligible. Acaso no hubiesen sido aforadas sin contacto de espíritu con el Cristianismo; pero ello no obsta para que sean verdades de evidencia racional, inducibles de la experiencia y no simples deducciones de las verdades cristianas. Por recibir del Cristianismo motivos e impulsos o moverse intelectualmente en el inte-



rior del Cristianismo no se deja de ser razonador. Supone extender la iniciativa racional a problemas que se dan ahí y de los que no es razonable, por lo mismo, desentenderse, como si no fuesen perceptibles.

“Metafísica de la experiencia interna” llamó Windelband a ese esbozado discurrir de intimidad. Sondeando y describiendo los fenómenos y la dinámica funcional del acaecer psíquico, la labor de Agustín fué excepcional, sin duda. Es el primero y uno de los más privilegiados maestros de la introspección. Hundido en la transparencia recóndita de sí mismo, no sólo registra, diseña y clasifica los hechos e impulsos más insignificantes de conciencia, sino que los compara y relaciona entre sí y de frente a la totalidad psíquica con penetración y finura ejemplares.

Conocidas son las objetividad y sutileza de los razonamientos con que, inspeccionando “los palacios suntuosos de la memoria”, la erige en santuario o reservorio de lo inconsciente y en asiento de la conciencia psicológica, la identificación personal y la percepción del tiempo. Pues no menos singulares e instructivas son las consideraciones que le sugieren la mecánica sensorial, la conexión del sistema nervioso central con las funciones psíquicas y de la representación con la actividad voluntaria, el oscuro nacer y desenvolverse de la inteligencia y la volición infantiles y las influencias de los ritmos en la vida del espíritu. Todas sus obras, especialmente las *Confesiones* y la *De Trinitate*, son venero inagotable de intuiciones sorprendentes, observaciones agudas y análisis minuciosos y precisos.

Sólo que ese ahincado y casi angustioso explorar del alma no reconocía por fin inmediato fraguar una técnica de ella, ni, como apunta Windelband, inquirir, desde lo explorado, salida franca a lo exterior. Hito más transcendental y atrayente lo acuciaba y mantenía en tensión irrefrenable. “No salgas fuera de ti... en lo interior del hombre mora la verdad”, rezaba el *Motto* promovedor del ímpetu. Y la verdad, ser o participación de ser, se exhibe en las cosas por gradaciones que, partiendo de lo inerte y dinámico, sube a lo instintivo y pensante y termina en el Ser o el Pensamiento mismo. Conquistarla equivale “a sobreponerse en vuelo cognoscitivo a lo corporal y sondear el alma y remontarse por encima del alma y penetrar la vida de Dios” (*In Joh. XX, II*).

Se trata a ojos vistas de poner a luz, en un intrinsicismo psicológico y moral, el intrinsicismo metafísico, que aquél lleva siempre implicado o de erigir, si queréis, sobre la experiencia psicológica y al través de una metafísica, una teodicea, término natural y obligado de la especulación filosófica. Las consideraciones más profundas y los más sutiles análisis psicológicos de Agustín se encuentran en su libro *De Trinitate*. El resultado final de unas y otros es la hipostatación de las verdades necesarias e inmutables, que, profundizándose a sí mismo, descubre el yo triunfador de toda duda por la autoafirmación consciente, en el Ser necesario

y eterno, que únicamente las explica. La concepción, en resumen, más rica, luminosa y acabada de Dios. En los abismos del alma, resonancia de los números y la armonía de las cosas o punto de convergencia de lo ideal con lo real, de las formas mentales con los contenidos, es donde el esclarecido disector de la vida anímica ve reflejada en claridad más auténtica y perceptible, la imagen grandiosa de la Unidad, comprensiva del Conocimiento, el Amor y la Vida subsistentes, que, aun sobre el mundo natural, ensombrecido por la culpa, vierte a raudales la luz, la armonía y el amor.

La profundización agustiniana del hombre inicia la consideración de preferencia, que, desde Descartes, se da al sujeto pensante sobre el objeto en el moderno espiritualismo. Si el contacto del filósofo de la Turena francesa con Agustín fué ocasional o reflejo no es fácil determinarlo. A falta de la documentación histórica oportuna, y bueno era Descartes, según Leibniz, para legárnosla, el simple contraste de los textos específicos de ambos pensadores resuelve teóricamente el problema. Hay en aquéllos paralelismo conceptual y léxico sobrado tangible para ser casual.

Se concibe que los dos *Cogitos* converjan en actitudes fundamentales. Porque ambos se inician con la duda metódica, planteada en el agustiniano de manera más racional y legítima; en ambos se la sobrepuja con un juicio existencial innegable y en ambos se infiere de su evidencia irresistible no sólo la existencia de la certidumbre y la verdad, sino la del alma inmaterial y la de Dios. Las divergencias se originan con la interpretación, que a cada uno de los *Cogitos* se da.

Descartes erige el suyo en "principio primero de la filosofía", que busca. Pensar equivale a ser porque sólo teniendo conciencia de que pensamos, tenemos conciencia de que existimos. El hombre es en esencia pensamiento y esta representación o contenido de ideas y nada más. Entre lo real y lo concebido hay correspondencia absoluta, de suerte que las cualidades o determinaciones de una idea clara y distinta denotan las de la realidad existente o exterior. Nuestro conocer es, así, un concatenar interminable e inflexible de teoremas geométricos o de intuiciones e ideas claras. El pensamiento señorea la realidad y hasta la modela. Pronto dejará de ser refracción consciente para convertirse con Kant en forja objetivante de la misma. Estamos en plena iniciación del idealismo y la inmanencia con su arrebatado aspirar a la posesión forzada de Dios y del mundo. El ensimismamiento cartesiano prepara las audaces expansiones de los egotismos creadores, que dominan y trascienden todo porque todo lo plasman. Cifra y culminación de ellos es la estafalaria e imponente concepción swarziana de lo *No dado*, con la deificación idiota del hombre por corona.

Para Agustín, no es el *Cogito* el único camino que a la certidumbre

y a la verdad conduce. Con la verdad primordial de nuestro ser, la intuición nos suministra otras de ella independientes y tan innegables y fecundas como ella. Son las "nociones y leyes de los números" y las normas directivas del entender y del obrar o los principios necesarios e inmutables de la Matemática, la Ontología, la Lógica, la Moral y la Estética. Inherentes a nuestro pensamiento, porque en el fondo de él las descubrimos, lo dominan y regulan como lo necesario e inmutable domina y regula lo contingente y cambiadizo. Por ellas entramos en contacto con el mundo inteligible y nos erigimos en jueces de las realizaciones del sensorial o corpóreo.

"Los cognoscibles engendran el conocimiento; pero no son engendrados por él" (*De Trinitate*, XIV, 10-13). La aserción parece formulada para cortar en seco la raíz de la interioridad cartesiana del intelecto puro. Amén de energía noética, inteligencia y amor o alma y vida conjugables con otras, el hombre es cuerpo entre otros cuerpos. Realidad sustancial y compleja, que se da en comunión perenne con lo restante porque la realidad conjunta es número, armonía y orden. El pensamiento solo no lo define; aunque le encumbre en la escala del ser, ni se limita en sus funciones a poseerse y refractarse, a lo Narciso, frente a las aguas de la realidad. Toda conciencia es ventanal abierto a los dominios de la Ontología y de la Historia, a lo universal del ser y de la Gracia.

El morar en sí mismo supone, por ello, un ascender o remontarse por encima de sí. Poco o nada significa rehuir la inestabilidad o inconsistencia de las cosas, si se ha de detenerse o hundirse en la propia inconsistencia. Por morar más consistente y encumbrado suspira el yo, superador de las cosas. Sujeto de verdades que no cambian, alude imperioso a la Verdad inmutable o eterna, pues "nada es, ni puede ser verdadero sino por la Verdad". No es, en consecuencia, el morar en sí sino "un fincar firme del pie para subir hasta Dios". Un íntimo elevarse y trascenderse y, mejor todavía, un íntegro arrebatarse (*Attollatur*) en Dios para vivir siendo una cosa con Él.

La autoafirmación cartesiana de la interioridad representa el empinamiento ambicioso de la nada consciente por reemplazar al todo del Ser. Iniciándose con la semiequiparación del pensamiento a Dios, termina por convertirlo en Dios o por anular a Dios en aras del pensamiento omnipotente. Observad que no hay puesto alguno de reserva para Dios en los planos de la ontología contemporánea.

En la inmanencia agustiniana Dios se da en el alma, como el sol en las cosas que anima, esclarece y cladea. La única actitud posible del *Non Est* del alma es la de colgarse por entero del *Est* soberano, que la vivifica y sostiene. Y colgarse, de ese modo, en adoración rendida o en reconocimiento absoluto de que por y para el *Est* soberano subsiste, entiendo y ama. Toda arrogancia intelectual resulta inconciliable con ese



inteligente y amoroso vivir prendido. Humillarse reverente ante la verdad significa ascender en la posibilidad de esclarecerla y penetrarla. Conocer es un abrirse total del alma por la humildad y el amor al Sol de verdad, que dentro de cada uno esplende. Y ciencia y acción se resuelven o fusionan y completan en la caridad, que es volición y luz. Más y mejor que escueto inquirir y catalogar de esencias, naturalezas y conceptos, Filosofía es búsqueda amorosa de Dios.

¿Voluntarismo extremo? O intelectualismo penetrado de esencias emotivas. Son de escasa eficiencia los rótulos, cuando se trata de precisar las actitudes mentales o las enseñanzas. Desconoce a Agustín quien le tilda de confiar la explicación de las cosas y los valores a las tendencias irracionales de la voluntad. Encarna la superación del sabio antiguo en pasión y encumbramiento cognoscentes. Su vida intelectual fué sondeos incansables y minucioso de la verdad y ascenso incontenido hacia las cimas, siempre próximas y siempre lueñes de ella. Sólo que poseía noción harto vitalizada de la verdad y experiencia sobrada y profunda de la unidad psíquica del hombre para conferir a la nuda dialéctica señoría absoluto sobre la gnosis. *Nemo nisi per amicitiam cognoscitur*, dijo sentenciosamente. La aguda observación psicológica es, también, guión noético. Cierzo que la inteligencia percibe y juzga las cosas; pero provocada, sostenida e intensificada por el amor que engendra. Sin amor no hay conocimiento posible y fecundo porque no ray unidad y conquista de los cognoscibles. Grandes inventos e inspiraciones, inventos maravillosos asimismo, forman la esencia viva de la Ciencia, la Metafísica y el Arte. Son conquistas fulgurantes de la verdad, realizadas *Totis animi viribus* al decir vigoroso de Agustín.

El cosmos agustiniano es el griego dinamizado. Tiempo y libertad se abren a luz por la unión de la legalidad ordenadora del Logos con la iluminación y la vida palpitante del Verbo. Las cosas no son piezas articuladas de un mecanismo admirable sino flechas de inmenso carcaj dirigidas a un centro. Y entre ellas y sobre ellas, inteligencia e impulso libre al fin, el hombre; que ha pasado de contemplador a actor. Está en desarrollo pujante un drama, que tiene por fondo la Metafísica y por escenario la Historia. Tanto o más que la preocupación del ser le importa al hombre la del deber ser, que es la del más ser o mejor ser. Se trata de unirse o no con las cosas y por medio de las cosas al centro inteligible y atrayente de sí mismo y de las cosas. De qué Dios, clave y fin de todo, *Sit omnia in omnibus*. Verdad es dicha; visión, posesión y ciencia, sabiduría o intelección-caridad. En el mandamiento de amor está virtualmente contenida la explicación de la realidad cósmica.

Y en él la génesis o forja de la unidad vital de Agustín, coronación de su unidad psíquico-noética. Ningún otro pensador ha llevado a penetración tan acabada en sí mismo el pensamiento y la acción, las

audacias de la mente y las expansiones fogosas y purificadas del sentimiento y la voluntad. Grande como explorador del mundo de la naturaleza y del espíritu, lo fué tanto o más como carácter. Sócrates le habría reconocido por modelo del sabio ideal: especulación encarnada y *Catarsis* enardecida.

Agustín se sintió estremecido psíquica y mentalmente por la disonancia radical y abismática del *Est-non est* del mundo y las conciencias. Pero contradicciones y sombras no existen más que en el ámbito terrero y minúsculo de la razón humana; arriba esplenden gloriosas la Sabiduría, Santidad y Belleza de Dios. El *est* encarnado une a la majestad abrumadora, la misericordia acogente y el *non est* del hombre redimible es impotencia puesta de rodillas. La inmersión acongojada en el embrollo torturante de las cosas y de sí mismo le sirvió a Agustín de pedestal para ascender ardoroso hasta la "Unidad armonizadora de todas las oposiciones" y de acicate para hundirse más y más confiado en el seno de su misericordia. Por "el desprecio de sí mismo, fundamento del amor de Dios", llegó a la realización de su fórmula vital: *Totum exigit te, qui fecit te*. Fué "tormenta de amor", como él dice de San Pablo, desencadenada en la región de las razones eternas. Y, como San Pablo, el apóstol que race vibrar todacía la voz de la fe en el docto recinto de los Areópagos.